

EL SEGUNDO SEXO, DE SIMONE DE BEAUVOIR, Y EL FEMINISMO CONTEMPORÁNEO

Isabel Morant
Universitat de València

Resumen: *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, publicado en 1947, fue un libro revolucionario que hoy seguimos leyendo, como un clásico del pensamiento feminista. En el texto se analiza la historia de este libro; el contexto intelectual que lo inspiró, la novedad de su pensamiento y el escándalo que su aparición produjo, en determinados sectores de la sociedad francesa y española. No se nace mujer; se llega a serlo, la conocida frase de la autora que el feminismo de los años setenta adoptaría como eslogan, resume bien el valor epistemológico y político de un libro que ofrecía un nuevo enfoque para pensar la diferencia de los sexos y la dominación de las mujeres, a la vez que abría una esperanza de cambio para las vidas femeninas.

Palabras clave: Feminismo, mujeres, historia.

The second sex, by Simone de Beauvoir, and contemporary feminism

Abstract: *The Second Sex*, by Simone de Beauvoir, published in 1947, was a revolutionary book that we continue reading today, as a classic of feminist thought. The history of this book is analyzed in the text; the intellectual context that inspired it, the novelty of its thought and the scandal that its appearance produced in certain sectors of French and Spanish society. "One is not born, but rather becomes, a woman", the well-known phrase of the author that the feminism of the Seventies would adopt as a slogan, summarizes well the epistemological and political value of a book that offered a new approach to think the difference of the sexes and the male domination of women, at the same time that it opened a hope of change for the feminine lives.

Key words: Feminism, women, history.

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES UNA MUJER? O CÓMO PENSAR LA FEMINIDAD

He dudado mucho antes de escribir un libro sobre la mujer. Es un tema irritante, sobre todo para las mujeres, y no es ninguna novedad. La polémica del feminismo ha hecho correr ríos de tinta suficiente. Y, sin embargo, seguimos hablando de ello. Y no parece que las voluminosas tonterías proferidas durante este último siglo hayan arrojado alguna luz sobre el problema (Beauvoir, 2005, 47).

Data de recepció: 7 de novembre de 2017 / Data d'acceptació: 16 de gener de 2018.

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación HAR2014-53802, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¿Qué es una mujer?, ¿qué significa ser mujer?, se pregunta Simone de Beauvoir en el prólogo de *El segundo sexo*. Reconoce que el tema no es nuevo, que se ha escrito mucho, pero que las respuestas que se han dado son poco satisfactorias y la cuestión sigue sin resolverse.

La mujer ya no se define hoy, como en el pasado, aludiendo a una misteriosa esencia, que los autores no sabían dónde situar: “¿se trata de algo que segregan los ovarios?, ¿está colgada del cielo de Platón?, ¿bastarían unas enaguas susurrantes para que baje a la tierra? Aunque algunas mujeres se afanan en encarnarlo, el modelo nunca ha sido patentado”. Sin embargo, las mujeres existen, al menos por el momento. Y esto nos obliga a seguir buscando una respuesta (Beauvoir, 2005, 49).

El mero hecho de que nos hagamos la pregunta permite hacer una primera observación. A nadie, a ningún hombre se le ocurriría pensar en la necesidad de escribir un libro sobre la situación particular que ocupan los hombres en la sociedad. Sin embargo, “si me quiero definir estoy obligada a declarar en primer lugar ‘soy una mujer’; esta verdad constituye el fondo sobre el que se dibujará cualquier otra afirmación”. Un hombre nunca empieza considerándose como un individuo de un sexo determinado: “se da por hecho que es un hombre” (Beauvoir, 2005, 49).

Beauvoir observa que, en nuestra sociedad, el hombre y la mujer no se representan como dos polos simétricos. El hombre representa lo positivo y lo neutro, hasta tal punto que con la palabra “hombre” se designa al “género humano”; la mujer aparece en negativo, de tal manera que toda determinación se le imputa como una carencia. Se mire por donde se mire, en la filosofía clásica, en los textos de las religiones o en las teorías de la ciencia moderna, la mujer se representa en negativo; el carácter de la mujer sería así naturalmente defectuoso; la mujer es un hombre fallido; la mujer es un ser relativo; el cuerpo de la mujer aparece desvalido, etcétera.

La mujer es lo que el hombre ha decidido: es el *Sexo* que muchos autores escriben con mayúsculas para marcar su identidad corporal. Desde esta perspectiva, Beauvoir enuncia la teoría de la alteridad, según la cual la mujer se determina y se diferencia con respecto del hombre: “ella es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, lo Absoluto, ella sería la Alteridad”. La alteridad, que se define aquí como una categoría fundamental del pensamiento humano, significa que ningún colectivo se define como uno sin enunciar inmediatamente al otro frente a sí. Y la idea de alteridad tendría siempre un componente de extrañeza y negatividad, respecto del otro, que se traduciría en una hostilidad fundamental respecto a cualquier otra conciencia. Así escribe que “el sujeto sólo se afirma cuando se opone al otro” y que al enunciarse como esencial convertiría al otro en inesencial, en objeto.

Beauvoir observa, en segundo lugar, que la idea de alteridad, que sería aplicable a los extranjeros, judíos, negros o indígenas, comporta siempre la voluntad de dominio, pero que cuando éste logra afirmarse contiene en sí mismo el germen de su disolución. El conflicto de las alteridades que vemos producirse, de manera muy clara, cuando por ejemplo los proletarios se enfrentan a los capitalistas, no se habría producido del mismo modo entre las mujeres y los hombres; lo que se observa en cambio es la continuidad en el tiempo del dominio de un sexo sobre otro. La cuestión que se plantea entonces es ésta: ¿por qué las relaciones entre los hombres y las mujeres no han evolucionado en conflicto o hacia una mayor reciprocidad, como ocurre en los casos en que un sujeto toma conciencia y aspira a situarse en el lugar del otro?

Beauvoir se pregunta por qué las mujeres no se habrían rebelado: “¿de dónde viene esta sumisión?”. Indagando en los orígenes de la historia formula una hipótesis: la dominación femenina no fue un hecho acontecido, sino que ha existido siempre y por esto no sería diferente de otras dominaciones históricas que conocemos. Así, por ejemplo, no sería comparable al dominio que los capitalistas ejercieron sobre los obreros. Y escribe: “No siempre hubo proletarios, pero siempre ha habido mujeres, lo son por su estructura fisiológica; por mucho que nos remontemos en la historia, siempre han estado subordinadas al hombre: su dependencia no ha sido consecuencia de un acontecimiento de un devenir, ‘no ha acontecido’...”.

Beauvoir se inclina entonces por dar cabida al hecho biológico; la mujer es la que pare, pero advierte que, aunque podamos suponer que la dominación se fundamenta en un hecho biológico y no accidental, es decir histórico, esto no sería un obstáculo para que pudiera producirse un cambio en las relaciones; la naturaleza, escribe, no es inmutable. Por eso, para poder pensar el cambio, sería necesario que los sujetos, las mujeres en este caso, dejaran de considerar que la alteridad es una condición inalterable.

Pero precisamente esto es lo que no ha ocurrido en el colectivo de las mujeres: las mujeres no dicen *nosotras*, como sí han hecho otros colectivos; los proletarios, como los judíos o los negros, dicen *nosotros*, y al afirmarse como sujetos transforman en otros a los burgueses o a los blancos. En el caso de las mujeres no se habría producido la misma inversión, sino que “los hombres dicen las ‘mujeres’ y ellas retoman estas palabras para autoasignarse, pero no se afirman como Sujetos” (Beauvoir, 2005, 52).

La pregunta que se plantea entonces es por qué la dominación de las mujeres se percibe como una permanencia, como resistente al cambio, y por qué esta dominación no habría sido percibida como un conflicto mayor ni generado una mayor oposición en el colectivo femenino. Observa, sin embargo, que ahora las cosas podían estar empezando a cambiar.

Según escribe: “¿cómo ha empezado toda esta historia? Se puede comprender que la dualidad de los sexos se traduzca en un conflicto... ¿De dónde viene que el mundo siempre haya pertenecido a los hombres y que solo ahora empiecen a cambiar las cosas? ¿Este cambio es un bien? ¿Llevará o no a un reparto igualitario del mundo entre hombres y mujeres?” (Beauvoir, 2005, 56).

Estas preguntas no son nuevas, pero sí, como se ha dicho antes, no tenemos aún una respuesta fiable, deberemos preguntarnos el porqué; porque, después de todos los discursos que conocemos, no podemos fiarnos de lo que, a lo largo de los tiempos, los hombres han dicho sobre las mujeres, y debemos pensar cómo salir de este laberinto. En sus reflexiones Beauvoir se apoya en la autoridad de un filósofo cartesiano que, ya en 1673, había puesto bajo sospecha los textos de los autores que defendían la inferioridad de las mujeres. Así, afirma que “...*todo lo que han escrito los hombres sobre las mujeres debe de ser sospechoso, pues son a un tiempo juez y parte*”, dijo en el siglo XVIII (sic) Poulain de la Barre, feminista poco conocido (Beauvoir, 2005, 56).

La frase que Beauvoir atribuye a Poulain de la Barre permite cuestionar la validez del conocimiento establecido y, al mismo tiempo, poner de relieve la falta de fundamentos sobre los que se vendría sosteniendo la diferencia sexual y la subordinación de las mujeres. De la Barre, en efecto, era autor de una obra significativamente titulada *De l'égalité des sexes*, en la que siguiendo el método de análisis cartesiano se refutarían los argumentos de los muchos autores que, a lo largo de la historia, se habían empeñado en sostener, contra toda razón, la inferioridad de las mujeres.

En esta misma línea Beauvoir insiste en mostrar que los problemas que se denuncian fueron producidos por las acciones de los hombres y no por ninguna otra causa, y que los hombres que actuaban en este sentido tenían como objetivo sostenerse en la superioridad y en los privilegios que ellos mismos se habrían concedido.

Así escribe que “los que hicieron y compilaron las Leyes eran hombres, por lo que favorecieron a su sexo, y los juristas convirtieron las leyes en principios, dice también Poulain de la Barre. Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores, sabios, se afanaron en demostrar que la condición subordinada de la mujer era grata al cielo y provechosa en la tierra” (Beauvoir, 2005, 56).

Advierte, sin embargo, que si bien son mayoría los hombres que se muestran satisfechos con el poder y el dominio que ejercen sobre las mujeres, no todos piensan del mismo modo. Lo fácil, dice, parafraseando a Montaigne, un autor poco favorable al sexo femenino, es disminuir y degradar a las mujeres: “es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro”. Pero en la historia del pensamiento es posible encontrar los nombres de otros hombres que escribieron

con mayor verdad y justicia sobre las mujeres: Diderot, Stendhal o Stuart Mill, son algunos de ellos.

Beauvoir se distancia también del feminismo. Confiesa que le molesta el tono de polémica que advierte en muchos de sus textos, y que respondería al malestar que le produce la situación de las mujeres y la suya propia, pero considera que esta situación no favorece la objetividad que sería necesaria. Y añade que la polémica que se ha venido entablando entre defensores y detractores de las mujeres produce muy pocos avances y, a menudo, resulta paralizante.

Como escribe: “cada argumento trae enseguida su contrario y a menudo ambos se asientan sobre bases falsas. Si queremos ver claro hay que salir de este lodazal, hay que rechazar las vagas nociones de superioridad, inferioridad, igualdad que han pervertido todas las discusiones y partir de cero. Pero si hemos de partir de cero, habrá que preguntarse: ¿cómo debemos de plantear la cuestión? y ¿quiénes somos para plantearla” (Beauvoir, 2005, 61).

Con los antecedentes que conocemos no parece que esta tarea pueda confiarse a los hombres, porque ellos son juez y parte, como ya se ha dicho. “¿Dónde podríamos encontrar un ángel?”, se pregunta Beauvoir con ironía, aunque tampoco los ángeles servirían porque “ignorarían todas las circunstancias de la cuestión”. Las que mejor conocen el problema son las mujeres, pero considera que no todas podrían hacerlo con la garantía de objetividad que sería deseable. Beauvoir sospecha que la *situación* de muchas mujeres, que serían también juez y parte en el asunto, podría restar credibilidad a sus escritos.

Las intelectuales americanas, que ha descubierto en el curso de sus investigaciones, conocen bien el problema que les afecta personalmente, pero considera que la mayoría mantienen un tono demasiado airado y combativo contra todos los hombres, lo que, en su opinión, les restaría credibilidad y eficacia. En cuanto a las francesas, afirma que la mayoría parecen conformes con su situación, por lo que no tendrían ningún interés en escribir sobre el tema. En sus escritos se pone de relieve la distancia que mantiene con el mundo del feminismo americano y su particular visión del feminismo francés.

Confía, sin embargo, en que la tarea, que ya habría comenzado en los escritos de otras damas, como Virginia Woolf por ejemplo, pueda ser ahora continuada por otras mujeres, cuya capacidad y formación intelectual debía de garantizar el resultado. Como escribe: “muchas mujeres de nuestro tiempo, que han tenido la suerte de recuperar todos los privilegios del ser humano pueden darse el lujo de ser imparciales: para nosotras hasta una necesidad... y este mismo distanciamiento nos permite esperar que nuestra actitud será objetiva” (Beauvoir, 2005, 62).

Beauvoir anuncia aquí un tiempo nuevo para el conocimiento sobre las mujeres, y afirma que si ello había comenzado a ser posible era gracias a que al-

gunas mujeres, que habrían ido saliendo del reducido espacio que se les concedía a la mayoría, se habrían incorporado al mundo del conocimiento, reservado a los hombres hasta fechas muy recientes.

Beauvoir, no cabe ninguna duda, está hablando de ella misma. La escritora, que comienza ya a ser conocida por sus novelas, siente que forma parte de esa genealogía de mujeres que, al haber “acumulado las ventajas de ambos sexos y no haber sufrido por su feminidad pueden escribir con toda serenidad, sobre un tema sobre el que pesarían todas las sospechas”. Escribir con verdad y autoridad es la primera obligación moral que Beauvoir se impone, el compromiso que asume en un libro. Y así escribe que “al salir de una era de polémicas desordenadas, este libro es un intento entre otros de situarnos” (Beauvoir, 2005, 72; Fraisse, 2008).

EL SEGUNDO SEXO O LA RENOVACIÓN DEL FEMINISMO

He explicado cómo fue concebido este libro: casi de manera fortuita; queriendo hablar de mí, me di cuenta de que me era necesario describir la condición femenina; comencé por considerar los mitos que los hombres habían forjado a través de las cosmologías, las religiones, las supersticiones, las ideologías o las literaturas. Intentaba poner orden en el cuadro aparentemente incoherente que se me ofrecía... (Beauvoir, 1963, p. 258).

Simone de Beauvoir cuenta en sus *Memorias* cómo se había gestado la idea de escribir un libro sobre las mujeres. La propuesta, dice, había partido de Sartre, aunque ella había tomado ya la decisión cuando advirtió que si quería comprenderse a ella misma debía de conocer qué significaba ser mujer y de qué manera la condición femenina había influido en su vida y en su obra.

La preparación del libro, que se prolongaría durante tres años, debía culminar en una obra inmensa, no solo por el tamaño –el libro publicado en dos tomos tendría más de 1.000 páginas– y por la gran cantidad de cuestiones que abordaba, sino por la importancia que éstas debían tener, para sí misma y para las mujeres de varias generaciones. Como la propia Beauvoir confesaría tiempo después: “Comencé a mirar a las mujeres con una mirada diferente e iba de sorpresa en sorpresa. Es extraño y estimulante descubrir, de repente, a los cuarenta años, un aspecto del mundo que salta a los ojos y que no vemos” (Beauvoir, 1963, 159). La aparición del libro en 1949 en la conocida editorial Gallimard marcaría, en primer lugar, un hito en el conocimiento sobre las mujeres, y abriría, después, un camino nuevo para el feminismo.

NO SE NACE MUJER; SE LLEGA A SERLO

El segundo sexo contestaría el determinismo de la biología que interpretaba el sexo como portador de un destino preestablecido: "el Ser no existe y no debe de confundirse con llegar a ser, el ser, según la filosofía existencialista, es siempre un sujeto tal como se manifiesta. Para los seres humanos, para los hombres como para las mujeres, el ser no es algo, ninguna esencia definitiva: No se nace mujer; se llega a serlo" (Beauvoir, 2005, 371).

En este eslogan, que recorre las páginas del libro, se contenía un mensaje de esperanza para las mujeres: si no se nace mujer o si ser mujer ya no era un castigo divino ni comportaba un modo de vida determinado, las mujeres podían comenzar a pensar que era un nuevo modo de vivir la feminidad.

En la primera parte, titulada "Los hechos y los mitos", se cuestionaban los conocimientos establecidos en distintos campos del saber como la biología, el psicoanálisis y el materialismo histórico, para mostrar después que el *ser mujer*, lejos de ser la expresión de una esencia, es el resultado de un hecho accidental, que deberá explicarse por la historia, los acontecimientos sociales y los mitos culturales, que se estudian en el texto.

En la segunda parte, "La experiencia vivida", se estudiaba la situación de las mujeres en la sociedad contemporánea, cómo se crean las posibilidades que se les ofrecen y los límites que se les imponen; igualmente, también el modo en que las mujeres enfrentan su situación, cuáles son sus comportamientos, los acuerdos y conflictos vividos, para concluir analizando las posibilidades de futuro que se abrirían en adelante (Sánchez, 2016, 35-41).

NADA ES NATURAL

En las páginas de *El segundo sexo* se cuestionaba el naturalismo y el *fijismo* que se inscribiría de manera dominante en las ciencias del momento. Coincidentes todas ellas en señalar los rasgos diferenciales de la anatomía femenina: "¿la mujer? Es muy sencillo dicen los amantes de las fórmulas sencillas: es una matriz, es un ovario; es una hembra y basta esta palabra para definirla. De manera negativa. El término *hembra* es peyorativo, no porque arraigue a las mujeres en la naturaleza, sino porque la confina dentro de los límites de su sexo; y si este sexo parece al hombre despreciable y enemigo, incluso entre los animales más inocentes, es evidentemente a causa de la hostilidad que en él despierta la mujer, a pesar de lo cual quiere encontrar en la biología una justificación para este sentimiento" (Beauvoir, 2005, 67).

Beauvoir se esfuerza en demostrar el prejuicio que se percibe fácilmente en los textos de los autores empeñados en afirmar que las diferencias que se encuentran en el carácter, las costumbres sexuales o la moral de las mujeres estarían prefijadas en la anatomía de las hembras. Como escribe marcando bien su posición intelectual: “las conductas que se observan en el sexo femenino no habrían sido dictadas a la mujer por sus hormonas o prefiguradas en las circunvoluciones de su cerebro: se deben a su situación. Para explicar sus límites hay que evocar su situación y no una misteriosa esencia” (Beauvoir, 2005, 306).

Descubre aquí la confusión creada en los textos de los autores que, con vena poética, insisten en el *misterio* del sexo femenino, creando la paradoja que se muestra en estos casos en los que es posible defender al mismo tiempo la fijeza de la identidad femenina y que la mujer sea un misterio que escaparía a cualquier definición, o podría abrirse a todas las definiciones.

Beauvoir, en efecto, se esfuerza en mostrar que la biología es siempre una interpretación y que, en los estudios que ella conoce, se pone de relieve la tendencia a afirmar la alteridad. Así escribe con ironía: “sería un atrevimiento deducir de esta evidencia [de la diferencia anatómica] que el lugar de la mujer es el hogar; pero hay gente muy atrevida. En su libro *Temperamento y Carácter*, Alfred Fouillé, pretendía definir a la mujer en su totalidad a partir del óvulo y al hombre a partir del espermatozoide; muchas teorías aparentemente profundas descansan en este juego de dudosas analogías” (Beauvoir, 2005, 77).

Desde esta perspectiva se comprende que la maternidad se presente como un instinto ineludible de las mujeres y no como un sentimiento derivado de una determinada interpretación del hecho procreador: “no existe un ‘instinto maternal’: la palabra no se aplica, en ningún caso, a la especie humana: la actitud de la madre se define por el conjunto de su situación y por la manera en que ella la asume” (Beauvoir, 2005, 77).

Su análisis se extiende también a las teorías psicoanalíticas. En Freud valora el avance en la comprensión de la subjetividad humana, así como la consideración del cuerpo *como cuerpo vivido por los sujetos*, en lugar del cuerpo como objeto de las ciencias, pero contesta su teoría sobre la sexualidad femenina. Considera que es el producto de una valoración previamente establecida de la virilidad y, en este sentido, sostiene que la teoría de la *envidia del pene* consagra, sin llegar a demostrarse, la idea preestablecida sobre la potencia viril; del mismo modo, señala que el complejo de Electra no sería, como pretende Freud, la expresión de un deseo sexual femenino sino “una abdicación profunda del sujeto que consiente en hacerse objeto en la adoración y la sumisión” (Chaperon, 2000, 154).

El psicoanálisis, insiste, no prestaría suficiente atención a las causas sociales que, en su opinión, desempeñan un papel fundamental en la construcción

de la sexualidad de las mujeres. Y concluye que si los hombres y las mujeres no se implican del mismo modo en las relaciones sexuales no se debe a ninguna inclinación natural o innata, sino al modo en que la tradición y la sociedad definen la sexualidad y el amor en el hombre y en la mujer. Así, escribe que “es la diferencia de su situación lo que se refleja en la concepción que el hombre y la mujer tienen del amor. Si la mujer se siente pasiva en el acto amoroso es porque se piensa como tal” (Chaperon, 2000, 155).

LA HISTORIA DE LAS MUJERES

Este mundo siempre perteneció a los varones: ninguna de las razones que se han adelantado para explicarlo nos ha parecido suficiente. Solo revisando a la luz de la filosofía existencialista los datos de la prehistoria y la etnografía podemos entender cómo se estableció la jerarquía de los sexos (Beauvoir, 2005, 125).

Recordemos cómo, en el prólogo del libro, Beauvoir sostiene que no hubo un momento originario ni un hecho fundador de la dominación femenina, sino que, desde el principio de los tiempos, los sexos han estado juntos y que en el encuentro de una humanidad, que se percibe como diferente, un sexo se habría impuesto al otro. Como escribe: “Hemos dicho ya que cuando dos categorías humanas se encuentran una frente a otra, cada uno quiere imponer al otro su soberanía. ¿Por qué los hombres salieron vencedores?” (Beauvoir, 2005, 125).

Rechaza la existencia de un matriarcado y discute que el culto a la diosa madre pudiera ser interpretado como un signo del poder de las mujeres, para concluir que la dominación de un sexo sobre otro se impuso por causas naturales, inherentes a la propia humanidad. La respuesta habría que buscarla en el hecho mismo de la *ciega* procreación: la mujer necesaria para la continuidad de la especie habría ocupado sus fuerzas en dar a luz y en la conservación de la vida, mientras que el hombre, desconocedor de su papel en la procreación, pero sobre todo desligado de la tarea de dar a luz, había podido dedicar sus fuerzas a otras tareas: cultivar la tierra, construir la técnica o hacer la guerra. Y añade que, en el transcurso de la historia, las tareas masculinas se habrían percibido como actos superiores a la procreación.

Así, afirma: “Por todo esto se comprueba con nitidez que el valor supremo para el hombre no es la vida, sino que ésta debe de servir a fines más importantes que la vida misma. La peor maldición que pesa sobre la mujer es estar excluida de las expediciones guerreras; si el hombre se eleva por encima del animal no es dando la vida, sino arriesgándola; *por esta razón, en la humanidad*

la superioridad es acordada no al sexo que engendra, sino al que mata” (Beauvoir, 2005, 128, la cursiva es nuestra).

En este relato se sostendría una idea de progreso basada en el dominio de la naturaleza, que habría sido protagonizado por los hombres, mientras que las mujeres habrían quedado al margen del progreso. Ellas, necesarias a la conservación de la especie, debían permanecer cercanas a la naturaleza, al tiempo que los hombres, al dominarla, se separaban de la naturaleza y creaban la cultura. Lo que no queda claro en el relato es cómo fue posible que el sexo procreador, el que da la vida, perdiera la batalla frente al otro sexo. Beauvoir lo sabe y trata de dar una respuesta sosteniendo que ello solo se produjo de manera gradual, y que hizo falta una revolución mental por la que las acciones de los hombres alcanzarían mayor valor y consideración social, mientras que las acciones de las mujeres quedarían disminuidas.

En este relato se percibe una primera paradoja, revelada más tarde por el feminismo. Cómo puede explicarse, ciertamente, que después de rechazar el determinismo biológico, Beauvoir lo reintrodujera al considerar que el sexo precedería al género y sería evocado para explicar la dominación de la mujer, que se habría prolongado, como un círculo vicioso a lo largo de la historia.

Ocupadas en el ciclo repetitivo de la procreación las mujeres quedarían por fuera de la historia, que habría sido hecha por los hombres, a la cual las mujeres habrían sido asociadas. De esta manera las mujeres, pues, no habrían sido protagonistas de la historia y, más significativo aún, su historia como colectivo se representaría como un continuo y no tanto como un devenir cambiante.

Desde esta perspectiva, la historia de las mujeres, tal como la escribe en su libro, se dirige, precisamente, a enfocar las acciones de los hombres encaminadas a producir la diferencia y la situación de subordinación del sexo femenino; así, estudia las leyes de la herencia o del matrimonio y las relaciones de dominación que las mujeres viven en los espacios de la vida privada. No ignora la existencia de las mujeres que tuvieron algún protagonismo, intelectual o político: Teresa de Ávila, Isabel la Católica, Madame de Staël, entre otras, aparecen en sus páginas.

Estudia con detenimiento la presencia y el protagonismo de las mujeres en determinados espacios culturales o políticos, pero afirma que los aparentes signos de poder que podrían vislumbrarse en las cortes medievales, en la literatura del amor cortés o en la exaltación de la feminidad en la literatura renacentista, no pueden interpretarse como un verdadero poder.

Beauvoir se admira y muestra interés por el activismo de las mujeres que participaron en las guerras de la Fronda o en la Revolución Francesa. Pero, coherente con su punto de partida, considera que estas mujeres actuaron siempre como miembros de una familia, de un clan o de un partido político regido por los hombres.

Eran los hombres los que juzgaban sus acciones, los que las impulsaban, las toleraban e igualmente podían reprimirlas. Con todo, se interesa en destacar, cuando cabe, la libertad de palabra y la autonomía en la acción de algunas mujeres que lograron vivir al margen de los modelos establecidos. Pero, paradójicamente, la autora de *El segundo sexo* no siente el menor interés por la historia del feminismo.

Beauvoir no era historiadora. Tampoco era antropóloga. Ni siquiera parece que tuviera la pretensión de construir una base de teoría que pudiera servir a la historia de las mujeres. Trabaja con fuentes prestadas y se nota la dependencia del conocimiento establecido en los libros que maneja. En sus páginas, señala François Heritier, podemos encontrar paradojas y algunos errores de interpretación, pero no podemos negar la honestidad de su trabajo, su esfuerzo por comprender la dominación sobre las mujeres. Así, Heritier señala que “nuestra paradoja es decir a la vez que los caminos que ella ha seguido en este capítulo no eran sin duda los más apropiados, pero que, no obstante, el cuadro que ella ha esbozado, es apropiado y justo” (Heritier, 2004, 117).

LA SITUACIÓN DE LA MUJER EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS

Emprendía la tarea de explicar sistemáticamente, de la infancia a la vejez, cómo se crean; examiné las posibilidades que este mundo ofrece a las mujeres, aquellas que les son negadas, sus límites, sus oportunidades y la falta de ellas, sus evasiones, sus logros. Compuse así la segunda parte del libro: “La experiencia vivida”... (Beauvoir, 1963, 258).

En la segunda parte del libro, dedicada al estudio de la vida cotidiana de la mujer en la sociedad contemporánea, Beauvoir comienza afirmando el entorno social en la construcción de la feminidad. Así, escribe que “ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana, solo la *mediación humana puede convertir a un individuo en Alteridad*” (Beauvoir, 2005, 371; la cursiva es nuestra).

En el primer capítulo, que titula “Formación”, estudia el trato diferenciado que reciben las niñas desde su nacimiento; cómo se van conformando las diferencias sexuales en la niñez y en la adolescencia y las prácticas de la sexualidad entre los jóvenes. La autora se detiene en señalar las percepciones del deseo sexual y las experiencias conflictivas de las chicas; el significado del pene y de la penetración, que la joven percibiría como una amenaza a su integridad o relacionado con el temor a un embarazo no deseado. Estos conflictos

no serían vividos del mismo modo por los jóvenes. En una sociedad en la que se prohíben y se ocultan los medios para el control de la natalidad, los anti-conceptivos o el aborto, la libertad sexual de la mujer sencillamente no existe o está muy disminuida.

Beauvoir se interesa, por otro lado, en el análisis del matrimonio. Considera que es una relación y un espacio en donde la mujer vive una situación de servidumbre manifiesta. Explica así que el matrimonio, percibido en la sociedad como una institución natural y necesaria al orden social y la felicidad de los individuos, produce efectos contradictorios en las mujeres, que perciben la carga de sus obligaciones. Sin reciprocidad. Por lo que afirma que, en el balance de los beneficios, las desgracias o la felicidad que el matrimonio proporciona a uno y otro sexo las mujeres saldrían perjudicadas.

La diferencia y el desequilibrio de los sexos se pone también de relieve en los afectos; las mujeres, formadas en la sensibilidad y en la sentimentalidad, tenderían a poner el amor en el centro de sus vidas y cometerían un gran error existencial si ignorasen –o prefiriesen ignorar– que los hombres viven una situación diferente de la suya. En el análisis de la maternidad, insiste en desmentir que ser madre sea un deseo natural o una inclinación ineludible de las mujeres; cuestiona los tintes románticos que acompañan al nacimiento de los hijos y contrapone las molestias que normalmente se silencian en relación a los embarazos, la lactancia, etcétera.

Defiende que el ser madre sea siempre una elección y afirma que la libre maternidad puede asegurar mejor el amor a los hijos. El amor no se impone, y ni siquiera el maternal puede ser impuesto. Frente a la idea común que defiende que la maternidad completa a la mujer, sostiene que ninguna mujer que no haya adquirido una situación que le haga sentirse satisfecha con ella misma, difícilmente lo logrará por el mero hecho de ser madre. Así advierte contra el error de “pensar que la mujer pueda alcanzar por el hijo, una plenitud, un calor, un valor que no haya sabido crear por ella misma” (Beauvoir, 2005, 678).

La situación de la mujer se oscurece en el tratamiento de la vejez: con la pérdida de la fertilidad y la belleza, la mujer tradicional se vería privada de sus atractivos y perdería su poder. Si es que alguna vez lo tuvo. El dolor que sufre la mujer que se abandona en manos de los otros, del marido en este caso, y que es abandonada en su vejez es el tema de *La mujer rota*. Una de sus novelas más desgarradoras.

La imagen de *El segundo sexo* que aquí se representa no era nada halagüeña y su autora corría el riesgo de desatar la oposición de los convencidos del *eterno femenino*. Y también de las propias mujeres, que podían leerlo como un ataque a los valores femeninos y a las necesarias funciones que desempeñaban, con eficacia reconocida. En Beauvoir, en efecto, se pondría de relieve

la *conformidad* con que las propias mujeres podían juzgar su situación, pues la mayoría de las personas del sexo femenino no consideran que sus vidas sean despreciables, sino que, bien al contrario, piensan que sus vidas son buenas, incluso que son mejores que las de los hombres.

Beauvoir frena en seco el equívoco: las mujeres que se dejan seducir por la poética que rinde culto a la maternidad, a la familia o a la vida doméstica no parecen calibrar los intereses que se ocultan tras las palabras amables y los homenajes que reciben de los hombres. Que muchas de ellas acepten las compensaciones que la sociedad y los hombres les ofrecen no significa que no cometan un error existencial. Reprocha, por ello, con dureza la mala fe de aquellas que prefieren no saber, e ignorar la servidumbre en la que viven. Las mujeres son, escribe, “mitad víctimas, mitad cómplices, como todo el mundo” (Beauvoir, 2005, 366).

La frase es originariamente de Sartre, pero no es casualidad que Beauvoir la coloque de manera destacada en la portadilla que abre la parte del libro dedicada a la situación de las mujeres. La mujer no se representa aquí como un sujeto siempre clarividente y todopoderoso sino *en situación*. La libertad que para el existencialismo se colocaría como un valor supremo, se combina siempre con la situación social que impone sus reglas. Ninguna mujer podía ser pensada partiendo de la nada, con plena capacidad de construir su libertad, sino como un sujeto que vive en una situación social, que podría querer cambiar o permanecer en su estado. Pero Beauvoir ofrecería a las mujeres una ética basada en la libertad y en la responsabilidad.

HACIA LA LIBERACIÓN

El código francés ya no considera la obediencia uno de los deberes de la esposa y cada ciudadana se ha convertido en una electora; estas libertades cívicas siempre son abstractas cuando no llevan aparejada una autonomía económica; la mujer mantenida –esposa o cortesana– no está liberada del varón porque tenga en sus manos una papeleta; si bien las costumbres les imponen menos obligaciones que antes, estas licencias negativas no han modificado profundamente su situación; sigue encerrada en su condición de vasalla (Beauvoir, 2005, 851).

En numerosas ocasiones Beauvoir se ha referido a la equivocación del feminismo que ha venido confiando en las leyes como motor del cambio social de las mujeres. Piensa que la igualdad formal no basta para producir la igualdad real. Tampoco el trabajo y la independencia económica, con ser importantes,

podrían garantizar la libertad y la igualdad de las mujeres, como pensaban los intelectuales situados en las filas del marxismo.

Cambiar las relaciones requería una revolución social y cultural de gran calado, que se vislumbra en la lejanía, como una posibilidad de futuro. No ignora que, en el siglo XX, muchas mujeres que trabajan y son independientes económicamente han visto crecer sus oportunidades y las posibilidades de diluir su dependencia respecto de los hombres, pero considera que muchas siguen atrapadas en la ideología del *eterno femenino*. Conoce la dificultad que significa cambiar las formas de vida tradicionales, y sabe que las mujeres tienen dudas, por comodidad o por miedo, y prefieren seguir las costumbres.

Romper con el pasado tiene consecuencias imprevisibles y muchas mujeres tendrían miedo a la libertad: “La libertad no es fácil. Hacerse justificar por un dios es más fácil que justificarse por el propio esfuerzo” (Beauvoir, 2005, 866).

Las mujeres que pretenden desbordar los modelos convencionales conocen las dificultades que encuentran en su trabajo, con los compañeros; en las relaciones íntimas; como esposas o como madres, etc. Se sienten divididas entre el trabajo, la casa y la familia. Esta situación les agota y muchas se sienten deprimidas. En estas circunstancias es difícil que las cosas se hagan bien y que puedan afirmarse en los espacios masculinizados.

Pero Beauvoir consideraba que los tiempos estaban cambiando y que, cada vez más, las mujeres, que habían aprovechado las ventajas de la escuela pública obligatoria y tenían estudios superiores, en muchos casos habían comenzado a ejercer una profesión y se mostraban en el espacio público, en competencia con los hombres, pudiendo sentirse más libres y aspirando a tener las mismas oportunidades y privilegios en igualdad con ellos.

Como escribe: “lo que está claro es que hasta ahora las posibilidades de la mujer han estado ahogadas y perdidas para la humanidad y que ha llegado el momento, en su interés y en el de todos, de que por fin puedan disfrutar de sus oportunidades” (Beauvoir, 2005, 885).

NOVEDADES DE *EL SEGUNDO SEXO*

Los temas sacados a la luz por Beauvoir reflejarían la situación de una generación de mujeres educadas en los valores y en el ideal del eterno femenino, del amor y del matrimonio por amor y la maternidad, pero señalaban, al mismo tiempo, la ambigüedad con que muchas de ellas podían percibir las desventajas de su situación. En su libro se reconocen los problemas sentidos por las mujeres y en sus páginas se encuentran las palabras, aún balbucientes, de una generación a caballo entre la tradición y la modernidad.

Como escribe una estudiosa de su obra: “Muchos pasajes podían leerse como un verdadero psicoanálisis; podemos ver en ellos los efectos liberadores. Ayudarían a millares de mujeres, que proseguirían este largo trabajo de introspección, en las décadas siguientes...” (Chaperon, 2000, 161).

Simone de Beauvoir, en efecto, fue pionera en sacar a la luz nuevos temas: el cuerpo de las mujeres, el inconsciente, el deseo, las reglas o los embarazos. Veinte años antes de que el feminismo se ocupara de ellos.

Se enfrentó con una nueva inteligencia a los temas conocidos: el trabajo de las mujeres, su experiencia vivida en la casa y en las relaciones sociales. Abordó con audacia los temas silenciados: la sexualidad de las mujeres, las relaciones íntimas y cuestionó con radicalidad las opiniones establecidas sobre el matrimonio o la maternidad. Planteó, por último, las reivindicaciones que más tarde debería adoptar el feminismo militante: el control de la natalidad, los anticonceptivos, el aborto incluido.

Se interesa mucho menos por la igualdad de derechos y, de hecho, en su libro no hay un estudio sobre la situación jurídica de las mujeres. Considera que el reconocimiento de la igualdad formal, que tiene efectos en el orden simbólico, no sirve si no va acompañado de cambios reales en las percepciones de la sexualidad y las relaciones entre los sexos.

En este sentido, el planteamiento de Beauvoir significaba una novedad y una ruptura respecto del feminismo clásico, centrado en la reforma del derecho civil y la demanda de derechos políticos; y más aún, significaba un avance respecto del feminismo que estaba por venir, al que este libro ofrecería la posibilidad de una mirada crítica y un conocimiento, en situación, para seguir pensando la sujeción y la desigualdad de las mujeres (Sánchez, 2016, 35-41).

GUERRA Y PAZ

No, la mujer no es nuestro hermano; por pereza y corrupción, la hemos convertido en un ser aparte, desconocido, sin más armas que su sexo, lo que no solo supone una guerra perpetua, además no es un arma de buena lid –adorado u odiado, pero no compañero franco, un ser que forma legión con espíritu de cuerpo, francmasonería– con desconfianza de eterno pequeño esclavo (Beauvoir, 2005, 887).

En el texto que nos sirve de referencia y que Beauvoir toma prestado de Jules Laforgue –un conocido poeta decimonónico–, se pone de relieve el conflicto latente entre los sexos; la *guerra*, muchas veces oculta, pero real, que enfrentaría a las parejas, tanto a los amantes como a los esposos. Nos damos cuenta

que en el texto del enunciado, que Beauvoir no ha elegido de manera aleatoria, se introduce la idea de fraternidad, que era el tercer principio de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Y podemos pensar, con Beauvoir, que la idea de fraternidad sirve para poner fin a esta extraña guerra en la que los contendientes no siempre se reconocen como enemigos.

Pero la fraternidad, tal como lo entendieron los revolucionarios franceses, tiene un claro carácter masculino; los hombres son libres e iguales y establecen relaciones fraternales, son amigos, compañeros, que colaboran. Pero en la mentalidad de aquellos hombres no estaba que las mujeres fueran sus hermanos. Tampoco parece que éste sea el sentir mayoritario de los hombres hoy en día. Ni de las mujeres.

De hecho, el feminismo de los años setenta, que tomaría como bandera los valores de libertad e igualdad, no hablaría de fraternidad, es más, buscaría un término nuevo: el de *sororidad*. Este concepto no existía en el momento en que Beauvoir escribe y, aunque tiene sentido, no parece que pueda servir al objetivo de pensar las relaciones entre los sexos. La idea de fraternidad, sin embargo, entendida como *reciprocidad* en el trato, en las relaciones de afecto y de amistad y como colaboración en la vida diaria, en la familia o en el trabajo, puede ser interesante para pensar la paz entre los sexos.

La cuestión, escribe Beauvoir, se percibe como una utopía. Pero el modelo ya ha sido pensado y se ajustaría a lo que había prometido la revolución de 1917: las mujeres educadas y formadas como los hombres trabajarían en las mismas condiciones y por los mismos salarios; la libertad erótica estaría admitida por las costumbres; el acto sexual ya no se consideraría un servicio remunerado; el matrimonio descansaría en un libre compromiso que los esposos podían romper cuando quisieran; la maternidad sería libre, gracias al control de la natalidad y a la libertad, el libre uso de los anticonceptivos y el aborto; las madres y los hijos tendrían los mismos derechos, independientemente de que estuvieran casadas o no; los permisos de maternidad estarían pagados por la sociedad, que asumiría la carga de los hijos –lo que no quiere decir que habría que quitárselos a los padres, como había difundido la propaganda conservadora, sino que no quedarían abandonados en las solas manos de padres que no podían hacerse cargo de ellos–. Para Beauvoir –lo dirá muchas veces–, esta promesa revolucionaria no se habría cumplido en los países de la Unión Soviética.

Observa cómo en los países del Este y del Oeste de Europa y en América se sigue rindiendo culto a un modelo de mujer tradicional. En todos ellos se nota una resistencia al cambio y es fácil observar el temor de muchos hombres, y también de mujeres, a la pérdida de la feminidad. Y aunque pueda parecer chocante, muchos filósofos e intelectuales de renombre sostienen, con toda se-

riedad, que la igualdad entre los sexos traerá el fin del amor. Sin duda, la igualdad era revolucionaria.

La guerra ha causado ya demasiados destrozos y los hombres deben renunciar a sus privilegios: “Podemos apreciar la belleza de las flores, el encanto de las mujeres y apreciarlos en lo que valen; si estos tesoros se pagan con sangre o con desgracia hay que saberlos sacrificar” (Beauvoir, 2005, 900).

Beauvoir no oculta los desastres de la guerra, de los sexos en este caso. Y, sin embargo, sabemos que no quiere cargar las tintas del enfrentamiento sobre un solo sexo. Como ha dicho muchas veces no todos los hombres son iguales; hay hombres demócratas y en su lista aparece Stendhal, y podemos notar, de paso y como ejemplo, que el escritor es uno de los pocos, si no el único, que sostendría que la igualdad de los sexos no supone ninguna amenaza para el amor.

Digamos, por otro lado, que Beauvoir será posteriormente criticada por una parte del feminismo, que le reprochará la primacía que concede a las relaciones heterosexuales y, por ende, la falta de atención a las relaciones entre personas del mismo sexo; pero es justo decir también que en las páginas de *El segundo sexo* se aborda, sin tapujos ni falsos puritanismos, el amor entre mujeres.

EL ESCÁNDALO DE *EL SEGUNDO SEXO*

El primer tomo de *El segundo sexo* se publicó en junio; en mayo había aparecido, en *Los Tiempos Modernos*, el capítulo sobre “la iniciación sexual de la mujer”, a los que siguieron en junio y julio los que trataban de la “lesbiana” y de la “maternidad”. El segundo volumen apareció en noviembre en la editorial Gallimard. Me quedé estupefacta por el ruido que suscitaron los capítulos publicados en *Les Temps Modernes* (Beauvoir, 1963, 258).

El primer volumen de *El segundo sexo*, publicado en junio de 1947, tuvo una buena acogida de público: en una semana se vendieron 22.000 ejemplares. Pero el adelanto de algunos capítulos sobre la sexualidad de la mujer, en la revista *Les Temps Modernes*, dirigida por Sartre, produciría un gran escándalo; la revista, escribe Beauvoir, *se vendía como panecillos*, pero al mismo tiempo crecía la polémica.

En sus *Memorias* relata su extrañeza por las palabras de un amigo que, al conocer el libro, la había felicitado por su *coraje*, al tiempo que le advertía: “va usted a perder muchos amigos”. La alarma sería real, Beauvoir no tardaría en descubrir la furia de la *chienne française* (Beauvoir, 1963, 260).

En el relato de los hechos, en efecto, se destaca la violencia de sus opositores, que más que hacer crítica de los libros buscaban el descrédito y la humi-

llación de la autora. Así, escribe Beauvoir que le acusaban de “inventar, de cambiar las cosas, de divagar, de delirar: me reprocharon tantas cosas, lo primero mi indecencia... Qué festival de obscenidad, con el pretexto de fustigar la mía”. El lenguaje, escribe Beauvoir, parecía no tener límites en los escritos insultantes que durante meses le enviaban los hombres que se calificaban a sí mismos como “miembros muy activos del primer sexo” y que, sin conocerla, sabían cómo era: “insatisfecha, fría, marimacho, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada, fui de todo, incluso madre clandestina”. Otros se le ofrecerían para “curar su frigidez o calmar sus apetitos” (Beauvoir, 1963, 260).

Beauvoir considera que muchos de estos hombres podían percibir con temor los cambios que se observaban en las vidas de las mujeres. Las mujeres que escriben, que opinan y se manifiestan en el espacio público amenazaban con ocupar un espacio que sienten que les corresponde y, algunos, no dudan en manifestarlo abiertamente. Así ocurre, por ejemplo, en las aulas o en el trabajo, donde muchos jóvenes advierten, con preocupación, el aumento de mujeres.

No cree, sin embargo, que todos los hombres sientan el mismo temor; considera que muchos son demócratas y entienden que las mujeres están en su derecho; es más, se muestran dispuestos a ayudar, pero afirma la tendencia de que esta percepción negativa aflore, sobre todo en los hombres que se sienten inseguros en su posición.

En estas circunstancias, la violencia aflora y cualquier mujer que se cruce en su camino se convierte en el enemigo a batir. Como sin duda era su caso, Beauvoir recibió los golpes de los hombres que se sentían humillados y que, a su vez, debían humillarla: “Ahora ya sabemos todo lo que hay que saber sobre la vagina de su jefa”, era el comentario que uno de ellos trasladaría a un colega de Beauvoir, que se indigna: François Mauriac no era un desconocido; de un hombre de su talla –se queja– no se podía esperar tal cosa, etc., pero su combate, como veremos de inmediato, no quedaría aquí. Con un tono más mesurado Camus se le habría quejado personalmente de que “usted ha humillado a los franceses” (Beauvoir, 1963, 164).

En fin, en el país de la galantería y del amor cortés, muchos hombres consideraban que las mujeres eran bien amadas y que recibían un buen trato, por lo que no debían de tener ningún motivo para quejarse. Beauvoir había ido demasiado lejos.

La publicación de *El segundo sexo*, en 1949, convertiría a Beauvoir en una autora sulfúrica. El libro, incluido en el Índice vaticano de los libros prohibidos, en 1956, será retirado de muchos puntos de venta. La obra estuvo prohibida en Portugal y en los países que formaban la Unión Soviética, y también en Inglaterra hubo protestas. En España solo se vendería, bajo mano, en las pocas librerías que pudieron importarlo de la Argentina o de México, a partir de los años sesenta.

LA GUERRA FRÍA DE LOS INTELLECTUALES, ENTRE OTRAS OPOSICIONES

Mientras Sartre se hunde en la política, Simone de Beauvoir describe los asuntos de Lady Chatterley (Galster, 2004, 117).

El texto del enunciado era el título de un artículo en el que su autor, anónimo en este caso, aprovecha su tribuna en la revista *Samedi Soir* para fustigar a Beauvoir y a Sartre al mismo tiempo. Que los dos aparecieran asociados en las críticas no era una casualidad. La publicación de *El segundo sexo* se produce en un contexto de renovado enfrentamiento político. Terminada la guerra, el espíritu de entendimiento, que había reinado durante la resistencia, estaba seriamente amenazado, las gentes debían de tomar partido y los intelectuales, cada vez más divididos, hacían públicas sus polémicas. Los existencialistas, decantados hacia la izquierda, mantenían con dificultad su independencia, y *Les Temps Modernes*, la revista que les representaba, se encontraba en el punto de mira de los conservadores, pero también de los comunistas.

La ofensiva por la derecha había partido de François Mauriac. Conocido como intelectual y editor, que había luchado en la resistencia, su opinión tenía peso. Desde las primeras páginas del periódico conservador, *Le Figaro*, alertaba contra la decadencia moral de la literatura de postguerra representada por *la gente de Saint Germain de Prés*. Beauvoir, que formaba parte del grupo, habría sobrepasado todos los límites de lo abyecto: en *El segundo sexo* el pudor desaparece y el tratamiento dado a la sexualidad ofende la sensibilidad de los católicos. Mauriac propondrá entonces abrir las páginas del periódico “a las opiniones de todos los cristianos de 20 años”, a los que se invitaba a manifestarse contra el libro. La iniciativa, que se prolongará durante varios meses, tuvo un éxito relativo: solo hubo veinte respuestas, pero la polémica tuvo eco en las principales revistas literarias de la época (Galster, 2004, 21-22).

Las críticas procedentes de la derecha presentan siempre el mismo esquema: el existencialismo y su sacerdotisa, Simone de Beauvoir, defienden valores individualistas y hedonistas que comprometen la civilización cristiana, fundada sobre el matrimonio, la familia y el trabajo, y la defensa de estos valores exige la oposición activa de los católicos, que son llamados al combate, contra la moda del existencialismo, destinado a desaparecer. Simone de Beauvoir y Sartre son presentados como unos libertinos, gozadores sin escrúpulos y sus escritos como un producto del desarraigo de la post-guerra (Chaperon, 2000, 173-174).

Por la izquierda, el partido comunista, que por entonces ejercía una notable influencia en la sociedad, manifestaría una dura oposición. En sus *Memorias*, Beauvoir, que dice no haberse extrañado de la actitud beligerante de la derecha, tampoco se sorprende de la enemistad mostrada por los comunistas: en plena guerra fría “nos miraban con recelo”, la creciente animadversión contra los existencialistas se pondría ahora de manifiesto en las críticas que se publicaron en las revistas afines al partido: *Les Lettres Françaises*, dirigida entonces por Aragon, o la *Nouvelle Critique*.

El segundo sexo se describiría entonces como el peor producto de una literatura burguesa decadente, promovida por los Estados Unidos para escamotear los verdaderos problemas de la clase obrera: “Mientras se nos habla de amor, no se habla ni de paz ni de salarios”, escribe una dirigente, que deplora la *putrefacción* de la moral de los existencialistas, a la que se opone la moral comunista.

Los valores de la sana juventud trabajadora no tenían nada que ver con la falta de energía y firmeza de la moral del libro, del cual la misma autora dice que: “provocaría la risa de las obreras de los talleres de Billancourt” (Galster, 2004, 66). En los escritos de Jean Kanapa, un conocido dirigente del partido comunista, antiguo discípulo de Sartre convertido al estalinismo, se ponía de relieve la voluntad de liderazgo del partido comunista, que pretendía desplazar a la derecha católica en la construcción de una moral nacional y cultural francesa. Desde esta perspectiva asumía la tarea de construir un discurso propio, del cual debían de quedar excluidos los intelectuales que no eran útiles a la línea del partido.

En su nómina se contarían los “plumíferos de la reacción, existencialistas y otros, que exaltan lo que hay de más bajo en el hombre: los instintos animales, la depravación sexual, la suciedad..., el nihilismo nacional”. La batalla que la izquierda más sana parecía obligada a librar se dirigiría entonces “contra todos esos héroes literarios sin familia, sin patria, sin moral, culpables de desarmar ideológicamente a las fuerzas nacionales, democráticas y progresistas” (Galster, 2004, 101-102).

En estos escritos se pone de relieve la semejanza de las críticas procedentes de la derecha católica y de la izquierda comunista. En los dos campos se hablaría de la defensa de la moral, de la decencia y de la pureza de la literatura francesa. Parece claro que todos querían dar una buena imagen de sí mismos y representar a un público diverso, desde las clases medias –a las que se pretendía dar seguridad– hasta los cristianos progresistas. Y que los dirigentes comunistas, que se sentían cercanos al poder, sentían también la necesidad de moderarse y competir con sus rivales políticos. Así, en la contienda política, Beauvoir y su libro serían culpables de los mismos vicios que se criticarían en el enemigo a batir: el lujo, la holgazanería y el aburrimiento de los burgueses.

Por otra parte, *L'Humanité*, el periódico más influyente en la izquierda, no se pronunciaría, con la excusa de que se trataba de un tema cultural y no político, prefiriendo guardar silencio. Silencio y desinterés es lo que se percibe en las gentes próximas al marxismo; sus cabezas visibles seguirían la línea clásica del comunismo, que entendía que la cuestión de las mujeres no era un tema prioritario y que el problema, si es que existía, quedaría resuelto con la revolución.

Pero Beauvoir, que seguía creyendo en la revolución, habría esperado que el problema interesara a los revolucionarios, aunque estos no lo vieron así. Como escribe: “Hice una conferencia para *L'École émancipée* y me respondieron que, una vez se hiciera la revolución, el problema de la mujer estaría resuelto. De acuerdo, contesté, pero ¿y mientras tanto? El tiempo presente no parecía interesarles” (Beauvoir, 1963, 265).

Y, SIN EMBARGO, UN AIRE DE LIBERTAD

Apenas la señora Beauvoir acababa de publicar algunos fragmentos de su Segundo Sexo en *Les Temps Modernes* se mostraría la decisión de indignarse y de ironizar (Galster, 2004).

El ruido y la magnitud del escándalo sorprenderán a las gentes de *Les Temps Modernes*. Sus redactores son los primeros en manifestarse, pero no serán los únicos. La mayor parte de los posicionamientos favorables procedían de gente joven menos conocida en los medios intelectuales, entre los que destacarán algunas mujeres.

Los excesos del escándalo propiciarán la ironía. Salían a la luz unos capítulos dedicados a la sexualidad femenina y se desatan todas las furias. ¿Lo han leído? o ¿por qué les inquieta que se hable de la sexualidad?, ¿o lo que les inquieta es el sexo de la autora?

En estos escritos se mostrará la extrañeza y alarma por la virulencia de las críticas que, en nombre de las conveniencias, de las buenas maneras y de la literatura francesa, se autorizaban a rechazar los pensamientos que no casaban con sus principios morales o que, simplemente, les producían inquietud.

En estos textos, en cambio, se destacarían el interés y la oportunidad de un libro que parecía necesario para orientar el conocimiento de los jóvenes, en temas que eran cruciales en sus vidas. Como escribe Colette Audry, una joven periodista y escritora, y una de las pocas mujeres que gozaba de un cierto reconocimiento en los medios intelectuales de la época: “Semejantes reacciones no confunden: significan que la obra es de una actualidad que quema, en el sentido de que trata de un amplio tema histórico y social, el [tema] pone en cuestión para cada lector o lectora su propia vida personal en lo cotidiano, sus

relaciones más estrechas con su entorno y la idea que uno se hace de sí mismo. [Es] una puesta en cuestión inconfortable que cada uno procura eludir” (Galster, 2004, 134).

En otros textos, sin embargo, se destacará la novedad y modernidad del libro, su voluntad de dejar atrás la moral tradicional que, en los años de postguerra, parecía recuperarse. Así se aprecia en el escrito de Françoise d’Ebaune, una joven periodista que más tarde sería conocida como escritora y feminista, y que la emprende contra los excesos de la moral de la Iglesia católica a la que anuncia su final, como vemos a continuación destacando su tono desenfadado, decidido y seguro: “¿Antes de medir el tamaño del bañador femenino, la Iglesia construía catedrales? ¿Quién piensa hoy en construir una nueva catedral? Jugáis perdiendo siempre desde san Pablo, que hizo del inmenso mensaje fraternal del cristianismo un mensaje de lucha contra la carne” (Chaperon, 2004, 179).

El libro de Beauvoir encontrará también el apoyo de sectores moderados de la intelectualidad y de la política que, fieles al espíritu de la Resistencia, representaban una tercera vía política. Emmanuel Mounier, director de la revista *L’Esprit*, publicará un artículo sensible y mesurado en el que junto con los aciertos del libro muestra su desacuerdo con el tratamiento dado a las cuestiones de la sexualidad. Mounier, católico progresista, coincide con los liberales en criticar la actitud intransigente de la Iglesia católica.

Así, escribió que “¿no empujarán los gritos más fuertes a que los objetos, los actos, las situaciones se nombren a escondidas? Eliminemos estos gritos, los de los Tartufos, y los frágiles pudores que se cultivan junto con el miedo a la libertad” (Galster, 2004, 224).

El libro tuvo también otras defensas inesperadas. Algunos personajes conocidos de la derecha hicieron pública su aprobación y también hubo intelectuales que, aun alejados del existencialismo, mostraron el interés de la obra. De esta manera, uno de ellos escribió: “sólo Dios (si es que tiene memoria) puede explicar la evolución de las relaciones entre los sexos con mayor certeza... y afirmó que el balance [del libro] es positivo... añadiendo que para un lector que además es filósofo es un placer encontrarse en presencia de un espíritu excepcionalmente vigoroso” (Chaperon, 2000, 181).

El análisis de estos textos permite poner de relieve que las posiciones ideológicas enfrentadas no siempre se corresponderían con la ideología política de los contendientes, de derechas o de izquierdas o con una corriente filosófica determinada. Lo que los escritos nos muestran es cómo en torno a los temas de la sexualidad y de las relaciones de los sexos las fracturas ideológicas podían ser también transversales.

Los escritos de la polémica han sido reunidos en un libro editado por Ingrid Galster, publicado en 2004, por la Universidad de Paris-Sorbonne.

LOS DOS CAMPOS EN TORNO A LA SEXUALIDAD

Si el libro de Simone de Beauvoir estuvo en el punto de mira de tantos franceses, hombres y mujeres, de distinta ideología y extracción social no se debió solo a su pertenencia al grupo de los existencialistas o a un determinado partido de derechas o de izquierdas, sino a que se adentró, sin reservas, en el campo minado de las relaciones sexuales y de la sexualidad.

La familia, institución a la que muchos franceses percibían como un instrumento fundamental de la organización y el orden social, se sustentaba en la mujer, y este tipo de unión parecía la mejor barrera contra el individualismo; las familias que viven juntas se cohesionan moralmente, al tiempo que su conformidad es necesaria para construir la paz social. Y la mujer que se consagra a los suyos y a la maternidad es un ser libre y satisfecho, y no la persona contraída que se representa en el libro de Beauvoir.

Como escribe un lector preocupado porque las mujeres pudieran dejarse seducir por las subversivas ideas del libro: “¿Cómo hacerle comprender que llevando al extremo el don de sí misma se producen los mayores enriquecimientos? En este sentido, la mujer consagrada por la naturaleza tiene mayores dones que los hombres” (Chaperon, 2000, 183).

El otro asunto en litigio sería la sexualidad de las mujeres y las relaciones sexuales. La naturalidad con la que Beauvoir aborda el tema del deseo femenino y la iniciación sexual de las jóvenes y su crítica a la moral predicada por la iglesia católica, anclada en la sospecha de la carne y en las restricciones impuestas al sexo, incluso en la vida matrimonial, despertará el escándalo de muchos.

En este debate se pondría de relieve lo que Sylvie Chaperon ha denominado como “el conservadurismo de los hermanos enemigos”. Enemigos políticos, católicos conservadores y comunistas, debían de marchar juntos en la defensa de la moral sexual, de los valores familiares y de la maternidad. En sus textos, sin embargo, se muestra la diferencia de sus fundamentos: la moral católica y la mística de la clase obrera. Pero Beauvoir podía acusarles, con razón, de ignorar la ciencia y de alimentar el miedo a la modernidad.

En el otro campo ideológico se percibía un aire favorable a la libertad sexual y apertura en el trato y en las relaciones de los sexos: si el deseo era natural, la sexualidad debía de ser permitida y la procreación voluntaria demandaba la planificación y el libre uso de los anticonceptivos. En muy pocos casos, sin embargo, los textos se harán eco de la idea de que la feminidad no era algo natural: “no se nace mujer, se llega a serlo”, no parecía, por entonces, una idea interesante (Chaperon, 2000, 180-184).

EL PORVENIR DEL NUEVO FEMINISMO

Muchas han desaprobado mi libro; yo les molestaba, les contestaba, les exasperaba o les asustaba. Pero a otras les he sido útil, lo sé por numerosos testimonios, en primer lugar, por una correspondencia que dura doce años (Beauvoir, 1963, 267).

En plena batalla de las opiniones, el feminismo organizado guardaría silencio. Ni siquiera los grupos más radicales se manifestaron. Es cierto que algunas mujeres, pertenecientes a grupos protestantes, se habían pronunciado a favor de la planificación familiar y de una maternidad elegida, pero sus expresiones fueron minoritarias. En 1949 el feminismo permanecía fiel al espíritu del sufragismo, seguía centrando su lucha en la consecución de los derechos políticos y en las reformas del código penal. El movimiento, que en esos momentos mostraba signos de debilidad, parecía agotado; preocupado por preservar su respetabilidad, sus dirigentes se inclinaban por la prudencia, procuraban no hablar de sexualidad, de anticonceptivos o de abortos. Muy pocas comprendieron entonces el interés creciente de las mujeres por las cuestiones que se trataban en el libro.

“Vuestro libro me ha sido de gran ayuda. Vuestro libro me ha salvado, me han escrito mujeres de toda edad y condición”, escribe Beauvoir en sus *Memorias*. El libro, en efecto, debía de ser un descubrimiento para una generación de mujeres que se verían reflejadas en sus páginas, para bien o para mal, porque, como reconoce Beauvoir, muchas lectoras sintieron cuestionadas sus vidas, pero a otras les habría permitido ver con claridad los problemas de su vida cotidiana y reflexionar sobre ellos; el libro, incluso, les habría empujado a buscar una salida.

En estos testimonios se pone de relieve el cambio de mentalidad que se estaba produciendo: las mujeres ya no querían guardar silencio, pero se notaba también la distancia que aún les separaba del pensamiento de Beauvoir. Las dudas se expresaban sobre todo en lo referente a la feminidad o a la sexualidad y, muy particularmente, respecto de la maternidad. Como escribe una lectora: “usted ha sabido explicar mis inquietudes, los sentimientos contradictorios que me hacen sentirme feliz en el cumplimiento de mis deberes y desgraciada a la vez” (Beauvoir, 1963, 267- 278).

El éxito del libro descansará en el interés creciente que iba surgiendo en círculos más amplios de mujeres. Con la ayuda del escándalo se despertaría la curiosidad y muchas mujeres que, en principio, no parecían lectoras potenciales

hablarán de *El segundo sexo*. Así sabemos que “piadosas mujeres protestantes lo leyeron en sus círculos... y que el libro serviría para alimentar las conferencias, las reuniones y los debates, etc.” (Chaperon, 2000, 203-237).

El segundo sexo será acogido con entusiasmo por un grupo, aún reducido, de mujeres jóvenes, escritoras, periodistas o profesionales urbanas, que leerán el libro con otros ojos: Beauvoir había sabido reconocer la existencia de un problema social de calado y, con inteligencia y claridad, había producido un conocimiento imprescindible para las mujeres. Françoise d’Eaubonne, que por entonces era una escritora en ciernes, explica así su sentimiento: “He leído *El segundo sexo*. Estoy entusiasmada, por fin una mujer que ha comprendido. Hemos sido vengadas. Es usted un genio y quiero conocerla”. Unos años después, en 1953, d’Eaubonne escribiría su propio libro titulado: *Le complexe de Diane*. En este nuevo libro, de inspiración beauvoiriana, se avanzará el pensamiento feminista de los años setenta.

Conocido en los años cincuenta en los círculos intelectuales y por un número, aún pequeño, de mujeres reconocidas profesionalmente, el número de lectoras irá creciendo en círculos concéntricos y temporales. En los años sesenta, y sobre todo en los setenta, su lectura se ampliará a muchas más jóvenes.

Mayo del sesenta y ocho, escribe Geneviève Fraisse, no fue feminista. Las jóvenes que formaban parte del movimiento pudieron comprobar entonces el escaso interés que sus denuncias sobre la diferencia de sexos y la discriminación de las mujeres despertaban en los dirigentes de la protesta.

La izquierda, revolucionaria o moderada, respondería según el sentido tradicional: los problemas planteados por las mujeres eran secundarios; que el tiempo no había llegado aún para ellas; que todas las fuerzas debían concentrarse en la revolución, etc. Mayo del sesenta y ocho hurtó protagonismo al feminismo. Pero este, sin embargo, comenzaría a manifestarse “al día siguiente”: después de mayo, las jóvenes, muchas de ellas participantes en las revueltas, comenzarán a poner sus energías en la organización del movimiento de mujeres conocido por las siglas de MLF, *Mouvement de libération des femmes* (Morant, 2016, 7-10).

Beauvoir, que hasta entonces no se había interesado por el movimiento, se dejará atraer por las propuestas de las jóvenes que la invitan a unirse al mismo. Muy pronto se la verá en las manifestaciones y su firma aparece encabezando el famoso manifiesto de las 343, que declararían: *yo también he abortado*, o en defensa de las mujeres encarceladas por delitos sexuales. Se siente desbordada por la nueva generación, pero reconoce que son estimulantes y las invita a ir más lejos (Chaperon, 2000, 376-69).

EL SEGUNDO SEXO EN ESPAÑA, TAN LEJOS Y, SIN EMBARGO, TAN CERCA

Barcelona, 22 de diciembre de 1949. Sigo asediado por el obispo: Su Ilustrísima todo acojonado porque en su diócesis se publican marranadas como mi artículo, dio el “chivatazo” al gobernador y este buen hombre ha dado la orden de que se haga una intervención sobre la trayectoria de Pocholo (Jesús Núñez) y la mía. Sospechan que detrás nuestro se mueva un grupo –maones, comunistas, catalanistas o, simplemente correístas– del cual nosotros somos los hombres de paja (Godayol, 2016, 91).

En la correspondencia de Josep María Castellet se cuentan los percances que este conocido editor habría sufrido, en su juventud, a cuenta de una reseña de *El segundo sexo*. Su escrito, publicado en la revista *Estilo*, de tendencia falangista, provocó la reacción airada del Obispo de Barcelona, Gregorio Montego, que se dirigió al gobernador para que se tomaran las medidas oportunas. El número de la revista fue prohibido, los ejemplares requisados y su autor estuvo en el punto de mira de las autoridades religiosas y civiles.

Parece poco probable que el obispo o el gobernador conocieran el libro, pero no parece extraño que estuvieran al tanto de la polémica que había suscitado entre los católicos y puede que supieran también que *El segundo sexo* estaba en la lista de los libros prohibidos por el Vaticano, junto con otros de la misma autora. Castellet, que por entonces tenía 23 años, parecía tomarse las cosas a la ligera; lo ocurrido le parecía un despropósito que solo podía explicarse por el trazo grueso con que la jerarquía católica actuaba en la censura a que sometía casos como estos. En el testimonio de Castellet se pondría de relieve la tensión entre un pensamiento conservador bien asentado y el aire de libertad que se apreciaba en la literatura existencialista.

De Castellet sabemos que sentía una gran atracción por la literatura existencialista y que recomendaba a sus amigos que leyeran *El segundo sexo*. El libro había sido para él un descubrimiento, no tanto por su contenido, sino porque le había hecho reflexionar sobre la situación de las mujeres en España, que consideraba retrasada, en comparación con lo que cree que ocurre en Francia y en la mayoría de los países occidentales en donde, según dice, “la mujer vive una vida activa, que les permite formarse en un ambiente de amplitud, de libertad intelectual y moral”. Y concluye: *No sucede así en España*.

En Castellet se observa su admiración por la modernidad que vislumbra al otro lado de los Pirineos, aunque con ello se alejara un tanto del pensamiento de Beauvoir, que era más crítica con la situación de las mujeres en el país ve-

cino. Resulta conmovedor comprobar su naciente sensibilidad por un problema, en el que confiesa que no había reparado antes: “Confesamos que lo que nos ha impresionado más del libro de Simone de Beauvoir no ha sido su contenido sino la constatación inconsciente que íbamos haciendo a medida que avanzábamos por sus páginas de lo lejana que quedaba la mujer española actual, de un problema tan interesante y decisivo para ella como este de su limitación y libertad” (Godayol, 2016, 93).

Como había ocurrido en Francia, *El segundo sexo* despertará el interés de algunas mujeres, muy pocas, que lo leerán como un libro clave para el progreso de las mujeres y como una obra importante del feminismo. María Laffite, conocida como condesa de Campo Alange, autora de un libro titulado: *La secreta guerra de los sexos*, publicado en 1948, hablará del libro en las sucesivas ediciones de su propia obra, en 1950 y 1958.

En esta última se interesa en mostrar el cambio intelectual y el progreso científico que se está produciendo en Europa, mostrando su esperanza de que la modernización que se vislumbra impulse el cambio en las formas de vida de las mujeres (Campo Alange, 1950 y 1958). En 1950 se publicará una reseña de *El segundo sexo* en la *Revista de Estudios Políticos*, considerada como una publicación del régimen, firmada por la escritora y abogada Mercedes Formica.

De orientación conservadora, Formica mantendría siempre un fuerte compromiso con la libertad de las mujeres. El encuentro con el libro le permitiría hacer su propia reflexión sobre la situación de las mujeres en España, al tiempo que reconocía la cercanía con el feminismo de Beauvoir, como escribe Gloria Nielfa, con el pensamiento que *aproxima, a pesar de sus diferencias, a “una francesa existencialista y a una española católica”* (Nielfa, 2002, 156).

La edición de *El segundo sexo* en catalán, publicada en 1968, sería patrocinada por Maria Aurèlia Capmany, autora de un importante ensayo sobre las mujeres: *La dona a Catalunya*, publicado en 1965. En la introducción que acompaña al libro, significativamente titulada *Una noia de casa bona*, se pone de relieve las afinidades vitales de ambas escritoras.

No es casualidad que Capmany dedique la mayor parte de su escrito a contarnos la vida de Beauvoir que le interesa, la que conoce por sus *Memorias*, que ha leído con admiración. Como, por otro lado, hicieron otras mujeres de su generación (Tinat, 2011). En el escrito de Capmany, ciertamente, se reconocen las diferentes vidas de Beauvoir que le interesan y, quizás también, las circunstancias en las que se veía ella misma reflejada: la vida de la joven Simone, nacida en una familia ordenada, de burguesa media y católica, que elige su destino, se distancia de los valores tradicionales, estudia filosofía y vive por su cuenta.

La vida de la mujer adulta, que elige sus relaciones y vive con entera libertad sus amores, refiere el gusto por la vida y la capacidad de ser feliz, tal y como lo

cuenta la propia escritora francesa. La trayectoria de la escritora, su interés por el conocimiento de la condición humana, de la diferencia y el conflicto de los sexos y el modo en que su filosofía aparece plasmada en cada una de sus novelas.

El segundo sexo llega con retraso, escribe Capmany, al tiempo que lamenta el clima intelectual y político que había provocado su desconocimiento en nuestro país. Así escribe que “el seu llibre no despertava l’interés de ningú. En el nostre clima beatífic: la dona havia resolt ja tots els seus problemes. La dona havia tornat feliç a casa, una casa plena de bimbirimboiles, una casa amb moltes cortines que planxar” (Capmany, 1968, 18).

Continúa: “la mística de la feminitat havia fet ja la seva feina i havia destruït ràpidament tota l’obra que mig segle d’educació liberal havia intentat, molt feblement, aconseguir”. Y añade que el hecho de que el libro se publique ahora es una prueba evidente de que algo está cambiando en los *territorios de las Españas*, sobre todo entre la juventud que, según dice “té tendència a dir les coses pel seu nom i no emborronar-se. Tant de bó. Que el llibre sigui útil per al segon sexe i també per al primer” (Capmany, 1968, 18).

El segundo sexo se publica por primera vez en castellano en Argentina, en la editorial Psique, en 1954. Pero los intentos de que el libro llegara a España legalmente fueron abortados por la censura. Los primeros ejemplares que hemos encontrado en las bibliotecas españolas procedían de México, publicados por Siglo XXI, en distintas ediciones, a partir de 1968.

Se trata de ediciones poco cuidadas, en general y sin ningún prólogo ni comentario explicativo de la obra. La primera edición de *El segundo sexo*, publicada en España, aparecerá en catalán, en 1968, en Edicions 62. El editor que estaba detrás del proyecto era, como hemos señalado, Josep María Castellet. Su publicación tuvo que sortear los expedientes previos que se abrirían: el primero, en 1965, terminaría con la denegación del permiso de edición; el segundo, en 1968, lograría el pase, con algunas tachaduras (Godayol, 2016, 93).

La primera edición en castellano, con una nueva traducción, es de 1998. Publicada en la colección *Feminismos*, con motivo de cumplirse los cincuenta años de la aparición del libro, se acompaña de un importante prólogo de María Teresa López Pardiñas (Beauvoir, 1998). Desde entonces hasta ahora, la obra, que sigue viva en el catálogo de la colección *Feminismos*, ha tenido numerosas reimpresiones. En 2005 esta obra se publicó en la colección de *Clásicos del Feminismo* (Beauvoir, 2005).

EPÍLOGO

El surgimiento del movimiento feminista, inmediatamente después de Mayo del 68, causaría una cierta sorpresa a la autora del *Segundo Sexo*, que por enton-

ces no veía la necesidad de una política específica de mujeres. Pero, cuando las jóvenes, agradecidas por su trabajo, la invitaron a unirse a su causa las puertas de su casa se abrían a las militantes que debían discutir con ella las estrategias del movimiento o la orientación de los trabajos que muchas universitarias se proponían realizar (Karine Tinat, 2011, pp. 33-40).

En el terreno de la teoría, el *Segundo Sexo* debía marcar una nueva tendencia en los estudios sobre la cuestión de las mujeres. Frente a la idea de un eterno femenino, renovado en los años setenta por un sector del feminismo que reivindicaba la “diferencia” de las mujeres y la existencia de una “cultura femenina” la *vía Beauvoir* debía de impulsar otros enfoques. La idea de alteridad abría la posibilidad de pensar la diferencia y la desigualdad de los sexos e indagar a la vez en las dificultades que encontraban las mujeres para construirse por fuera de los modelos producidos, por los hombres que detentaban el poder. La pregunta sobre los fundamentos de la dominación debía de permitir, por otro lado, abrir un camino al escepticismo: si “ninguna causa biológica, ni psicológica, ni económica podía fundamentar la dominación” la pregunta era: ¿cómo se llega a ser mujer? y, ¿cómo la feminidad –infligida al sexo femenino– habría servido, en parte, para fundamentar la dominación de las mujeres? (Un análisis de esta vía puede verse en Galster, 2004).

Por el libro de Beauvoir ha pasado el tiempo; el existencialismo ha perdido vigencia, sus fuentes han sido criticadas, sus datos corregidos y los conocimientos ampliados. Pero su obra se sigue leyendo: primero porque los problemas que plantea no han desaparecido y, sobre todo, porque en sus páginas podemos seguir buscando la inspiración que siempre es posible encontrar en los libros que han pasado a ser clásicos. Como escribe Fraisse: “Puedo proponer un paseo, un paseo por la historia del pensamiento de las mujeres; más todavía por la historia de ‘cómo pensar a las mujeres’. He recorrido, desde hace algún tiempo, algunos textos de Simone de Beauvoir donde ya hay trazados caminos que voy a tomar prestados para avanzar más rápido e ir más lejos. ¿Por qué pensar a las mujeres? ¿Cómo pensar los sexos? ¿Por qué esta tarea incumbe a una mujer emancipada del siglo XX? Cómo, esta mujer, Simone de Beauvoir, abordó, afrontó la dificultad. Leyéndola, volviéndola a leer, el paseo se transforma en un ir y venir. Así prosigo la conquista de un campo de conocimiento” (Fraisse, 2008, 9).

BIBLIOGRAFÍA

BEAUVOIR, Simone de (1998): *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, Universitat de València, 2 vols, 363, 545 p.

BEAUVOIR, Simone de (2005): *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, Universitat de València, 904 p.

- BEAUVOIR, Simone de (1963): *La force des choses*, vol. I, París, Gallimard, 686 p.
- CAMPO ALANDE, condesa de (1958): *La secreta guerra de los sexos*, Madrid, Revista de Occidente, 194 p.
- CAPMAY, Maria Aurèlia. (1968): “Pròleg”, en: Beauvoir, S. de, *El segon sexe*, Barcelona, Edicions 62, 5-18.
- CHAPERON, Sylvie (2000): *Les années Beauvoir, 1945-1970*, París, Fayard, 430 p.
- FRAISSE, Geneviève (2008): *Le Privilège de Simone de Beauvoir*, París, Actes Sud, 128 p.
- FRAISSE, Geneviève (2016): *Los excesos del género. Concepto, imagen, desnudez*, Madrid, Cátedra, 122 p.
- GALSTER, Ingrid (ed.) (2004): *Simone de Beauvoir: Le Deuxième Sexe. Le livre fondateur du féminisme moderne en situation*, París, Honoré Champion, 519 p.
- GODAYOL, Pilar (2013): “Simone de Beauvoir en catalá”, *Bulletin Hispanique*, 115, 669-684.
- GODAYOL, Pilar (2016): “Josep Maria Castellet, editor de autoras feministas traducidas”, *Tran. Revista de Traductología*, 20, 87-100.
- HERITIER, François (2004) : “Les communautés agricoles primitives”, en: Galster (ed.), *Simone de Beauvoir: Le Deuxième Sexe. Le livre fondateur du féminisme moderne en situation*, París, Honoré Champion, 103-119.
- MORANT, Isabel (2016): “Geneviève Fraisse. A contracorriente”, en: Fraisse, G., *Los excesos del género. Concepto, imagen, desnudez*, Madrid, Cátedra.
- NIELFA, Gloria (2002): “La difusión en España de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir”, *Arenal*, 9, 151-162.
- SÁNCHEZ, Cristina (2016): *Del sexo al género*, Bonal letra Alcompás, Barcelona, 144 p.
- TINAT, Karine (coord.) (2011): *La herencia de Beauvoir*, México D.F., El Colegio de México, 218 p.